

cuñado del Rey, intercedió por ella. Pero todo fué en vano; lo más que pudo obtenerse fué una conmutación de la pena, ordenando que en vez de ser quemada fuese decapitada. Ejecutóse la sentencia en un cadalso levantado en la plaza de Winchester, y la desdichada sufrió la muerte con sereno valor (1).

XLVIII.

EL TRIBUNAL SANGRIENTO.

(The Bloody Assizes.)

En el Hampshire, Alicia Lisle fué la única víctima; pero al día siguiente de su ejecución Jeffreys llegaba á Dorchester, principal ciudad del condado donde desembarcó Monmouth, y la matanza judicial empezó entonces.

De orden del Chief Justice, las paredes de la sala del Tribunal estaban cubiertas de tela escarlata, innovación que la multitud juzgó alusiva á los sangrientos propósitos del juez. Corría también el rumor que cuando el clérigo encargado de pronunciar el sermón antes que el Tribunal empezase sus tareas, les hacía presente el deber de la indulgencia, la más horrible sonrisa había contraído la feroz boca del Chief Justice. Todas estas cosas parecían al pueblo otros tantos augurios de lo que iba á suceder (2).

(1) Proceso de Alicia Lisle, en la *Colección de causas de Estado*; Stat. 1 Gul y Mar.; Burnet, 1, 649; *Caveat against the whigs*.

(2) *Bloody Assizes*.

Más de 300 prisioneros debían comparecer ante el Tribunal. La tarea parecía pesada, pero Jeffreys encontró medio de aligerarla. Dió á entender que el único modo de alcanzar perdón ó mejora en la sentencia era declararse culpables. Veintinueve acusados que apelaron al Jurado fueron sentenciados, y ahorcados sin dilación. Los demás prisioneros se declararon culpables casi en masa. Doscientos noventa y dos fueron condenados á muerte. El número total de los ahorcados en el condado de Dorset ascendió á setenta y cuatro.

De Dorchester se encaminó Jeffreys á Exeter. La guerra civil apenas había pasado de la frontera del Devonshire. Aquí, por lo tanto, comparativamente, pocos sufrieron la pena capital. El condado de Somerset, principal asiento de la rebelión, había sido reservado para la última y más temible venganza. En este condado doscientos treinta y tres prisioneros fueron en espacio de pocos días ahorcados y descuartizados. Doquiera se cruzaban dos caminos, en todas las plazas donde se celebraban mercados, en las verdes praderas inmediatas á las aldeas que habían dado soldados al ejército de Monmouth, cadáveres encadenados pendían de la horca, haciendo al agitarlos el viento temeroso ruido, ó cabezas y miembros fijos en largas estacas envenenaban el aire y llenaban de horror al viajero. En muchas parroquias no podían reunirse los aldeanos en la casa de Dios sin ver el lívido rostro de algún vecino, que sobre el pórtico parecía contemplarlos. El Chief Justice estaba como nunca en su elemento, y á medida que la obra de destrucción iba adelante, parecía aumentar su regocijo y crecer su buen humor. Se reía, gritaba, bromeaba y juraba de tal modo, que muchos le creían ébrio de la mañana á la noche. Pero en él no era fácil distinguir

la locura producida por las malas pasiones de la locura producida por el alcohol. Un prisionero afirmó que no podía concederse crédito á los testigos que se presentaron á declarar contra él. Uno de ellos era papista y otro una prostituta. «¿Cómo es eso, desvergonzado rebelde?» exclamó el juez. *¡Objetar contra los testigos del Rey! Ya te estoy viendo, villano, ya te estoy viendo con la cadena al cuello.*» Otro produjo testimonio de ser buen protestante. «¡Protestante!» dijo Jeffreys. *Querréis decir presbiteriano. Apostaría cualquier cosa. ¡Si á cuarenta millas conozco yo á un presbiteriano!*» Un desdichado llegó á inspirar lástima aun á los más exaltados tories. «*My lord, dijeron, este infeliz vive de las limosnas de la parroquia. — No os inquietéis, dijo el juez; yo libraré á la parroquia de la carga.*» Y no solo mostraba su furia en los prisioneros. Caballeros y nobles de alto rango é inmarcesible lealtad que se atrevían á comunicarle cualquier circunstancia atenuante; casi podían estar seguros de recibir lo que él llamaba en el grosero dialecto que había aprendido en las tabernas de Whitechapel, «una caricia con el lado áspero de la lengua.» Lord Stawell, gran señor tory, que no podía disimular su horror ante la indiferencia con que se hacía la más espantosa carnicería de sus vecinos, fué castigado colocando un cadáver suspendido de las cadenas á la puerta de su parque (1). Tales espectáculos dieron origen á multitud de terroríficas historias, que se referían entre los aldeanos del condado de Somerset, después de la cidra, sentados en torno de las hogueras de Navidad. Hace cuarenta años aun había en algunos distritos muchos paisanos conocedores de cuantos sitios conservaban sangrientas memorias de aquel tiempo, y después de la puesta

(1) Locke's *Western Rebellion*.

del sol apenas se atrevían á cruzar por tan tristes lugares (1).

Jeffreys se alababa de haber ahorcado más traidores que todos sus predecesores juntos, desde la conquista normanda. Es cierto que el número de personas ejecutadas en un mes y en solo un condado era mucho mayor que el de todos los reos políticos ejecutados en nuestra Isla desde la revolución. Las rebeliones de 1715 y 1745 fueron de mayor duración, más importantes y de aspecto más formidable que la vencida en Sedgemoor. Generalmente nadie ha creído que así después de la rebelión de 1715, como después de la de 1745, haya pecado la casa de Hannover de exceso de clemencia, y sin embargo, el número de ejecuciones de 1715 y 1745 reunidas, parecerá muy corto comparado con las que deshonraron el *Tribunal Sangriento*. El número de rebeldes que en su visita hizo ahorcar Jeffreys ascendió á trescientos veinte (2).

Tan horrible matanza se haría repugnante aun en el caso de ser los pacientes empedernidos criminales. Pero en su mayor parte eran hombres de vida intachable, y profesaban las más altas ideas religiosas. Eran considerados por ellos mismos y por gran parte de sus vecinos, no como malhechores, sino como mártires que habían sellado con su sangre la verdad de la religión protestante. Muy pocos entre los convictos manifestaron arrepentimiento por lo que habían hecho. Muchos, animados del antiguo espíritu purita-

(1) Puedo certificar la verdad de esto con los recuerdos de mi niñez.

(2) Lord Lonsdale dice que fueron setecientos; Burnet seiscientos. He seguido la lista que los jueces enviaron al Tesoro y que aun puede verse en el *Letter book* de 1635. Véanse *Bloody Assizes*; *Locke Western Rebellion*; *The Panegyric on Lord Jeffreys*; *Burnet*, I, 643; *Eachard*, III, 775; *Oldmixon*, 705.

no, iban á la muerte, no sólo con serenidad, sino llenos de entusiasmo. En vano los ministros de la Iglesia anglicana les amonestaban acerca del pecado de la rebelión y de la trascendencia de la absolución sacerdotal. El poder del Rey, cuya autoridad no tiene límites en las cosas temporales, y la pretensión del clero en cuanto al poder espiritual de atar y desatar, excitaba el más acerbo desdén en los más intrépidos sectarios, algunos de los cuales componían himnos en el calabozo, que entonaban en el trance fatal. «Cristo—cantaban al despojarse de sus vestidos para sufrir la muerte—vendrá muy pronto á rescatar á Sión y hacer la guerra á Babilonia, desplegará su estandarte, hará sonar su trompeta, y sus enemigos sufrirán diez veces todo el mal que han hecho sufrir á sus siervos.» Las últimas palabras de aquellos hombres se anotaban, guardábanse como tesoros sus cartas de despedida, y de este modo, ayudando algo la fábula y la exageración, se formó un copioso suplemento al martirologio de la Reina María (1).

XLIX.

ABRAHAM HOLMES.—CRISTOBAL BATTISCOMBE.

Algunos de los procesados merecen particular mención. Abraham Holmes, oficial del ejército parlamento, y uno de aquellos fanáticos que no conocían otro rey que Jesús, había caído prisionero en Sedgemoor. En la batalla se había mutilado horriblemente un

(1) Pueden verse algunas oraciones, himnos y exhortaciones de los reos en las *Bloody Assizes*.

brazo, y como no se encontrase ningún cirujano, el bravo veterano se lo había amputado por sí mismo. Fué llevado á Londres é interrogado por el mismo Rey en el Consejo, pero no quiso someterse á los deseos del Soberano. «*Soy ya viejo, exclamó, y lo que me queda de vida no vale la pena de una falsedad ó una bajeza. Siempre he sido republicano y continúo siéndolo.*» Fué enviado al Oeste, donde le ahorcaron. El pueblo notó con terror y admiración que las bestias que tiraban de la carreta donde le conducían á la horca se negaron á andar, y al contrario retrocedieron. El mismo Holmes no dudaba que el Angel del Señor, como en los antiguos tiempos, se había aparecido en mitad del camino con la espada desnuda, invisible á los ojos humanos, pero visible á los animales inferiores. «*Deteneos, señores, exclamó, dejadme ir á pie. Hay en esto más de lo que pensáis. Acordaos de aquel asno que vió lo que no podía ver el profeta.*» Y echó á andar con varonil esfuerzo. Arengó sonriendo al pueblo, pidió á Dios con fervor que apresurase la caída del Antecristo y la liberación de Inglaterra, y subió la escala disculpándose de la torpeza de sus movimientos, diciendo: «*Ya lo veis, no tengo más que un brazo*» (1).

No fué menos animosa la muerte de Cristobal Battiscombe, joven estudiante de leyes de buena familia y posición desahogada, el cual en Dorchester, ciudad de provincia orgullosa de su cultura y refinamiento, era mirado por todos como acabado modelo de caballeros. Mediaron grandes influencias para salvarle, y se creía en todo el Oeste que estaba en relaciones con

(1) *Bloody Assizes*; *Locke's Western Rebellion*; *Lord Lonsdale's Memoirs*; *Relación de la batalla de Sedgemoor*, en *Hardwicke, Papers*.

Lo que refiere Clarke en su *Vida de Jacobo II*, tomo II, 43, no pertenece al manuscrito del Rey, y por sí sólo se refuta.

una joven dama de noble sangre, hermana del Sheriff, la cual se arrojó á los pies de Jeffreys implorando merced, y á quien Jeffreys contestó con un chiste tan grosero y horrible que repetirlo sería una ofensa á la humanidad y al decoro. El infortunado amante sufrió en Lyme la muerte con piedad y buen ánimo (1).

L.

LOS HERMANOS HEWLING.

Más profundo interés excitó todavía la suerte de dos valerosos hermanos, Guillermo y Benjamín Hewling. Ambos eran jóvenes, galanes, corteses y de buena familia. Su abuelo materno, llamado Kiffin, era uno de los primeros comerciantes de Londres, y generalmente se le consideraba como jefe de los Baptistas. El comportamiento del Chief Justice con Guillermo Hewling en el proceso fué por todo extremo brutal. «*Tenéis un abuelo*, le dijo, *que merece ser ahorcado como vos.*» El pobre mancebo, que sólo tenía diez y nueve años, sufrió la muerte con tal resignación y fortaleza, que un oficial del ejército que asistía á la ejecución, y era conocido por su natural severo y cruel, se retiró conmovido diciendo: «*No creo que el mismo milord Chief Justice podría contemplar sin emoción tal espectáculo.*» Algunos abrigan la esperanza de que Benjamín sería perdonado, juzgando bastante sacrificio para una sola familia una víctima de pocos años, y aun el mis-

(1) *Bloody Assizes; Locke's Western Rebellion; Humilde Petición de las viudas y huérfanos del Occidente de Inglaterra; Panegírico de lord Jeffreys.*

mo Jeffreys parecía inclinado, ó al menos así lo fingía, á la indulgencia. Lo cierto es que uno de sus parientes, de quien esperaba un rico legado y al cual, por tanto, no podía tratar como á cualquier otro intercesor, mostraba gran interés por la afligida familia. Se concedió tiempo para acudir á Londres, y la hermana del prisionero se presentó en Whitehall con una petición. Muchos cortesanos le deseaban buen éxito, y Churchill, entre cuyas numerosas faltas no ha de contarse la crueldad, obtuvo una audiencia para ella. «*Deseo con todo mi corazón que salgáis bien de vuestro empeño*, le dijo, mientras estaban en la antecámara; *pero no abriguéis muy lisonjeras esperanzas. Este mármol, y puso la mano sobre el de la chimenea, no es más duro que el corazón del Rey.*» La predicción salió cierta. Jacobo fué inexorable. Benjamín Hewling murió con sereno valor en medio de las lamentaciones de la multitud, á las que se unían las de los mismos soldados que daban guardia alrededor de la horca (1).

Y aun no eran tan dignos de lástima los rebeldes condenados á muerte como los que les sobrevivían. Algunos prisioneros, contra los cuales no pudiera Jeffreys hacer constar el delito de alta traición, fueron convictos de desacato y sentenciados á flagelaciones no menos terribles que las sufridas por Oates. Una mujer, por algunas palabras sin importancia, semejantes á las que, sin duda, habían pronunciado casi todas las mujeres de los distritos donde había estalla-

(1) Respecto á los Hewlings, he seguido las *Memorias* de Kiffin y la narración de Mr. Hewling Lusson, que se hallará en la segunda edición de la *Correspondencia* de Hughes, tom. II, Apéndice. Las descripciones que traen Locke, *Western Rebellion*, y el *Panegírico de lord Jeffreys*, están llenas de errores. Gran parte de la descripción de las *Bloody Assizes* fué escrita por Kiffin, y palabra por palabra conviene con sus *Memorias*.

do la guerra, fué condenada á la pena de azotes en todos los mercados del condado de Dorset. La infeliz sufrió parte de su castigo antes que Jeffreys volviese á Londres; mas no bien partió del Oeste, los carceleros, con la humana connivencia de los magistrados, no vacilaron en cargar con la responsabilidad de evitarla nuevos tormentos. Más terrible fué aún la sentencia que recayó en un mancebo llamado Tutchin, acusado de haber proferido palabras sediciosas. Como de ordinario, fué interrumpido por el juez al defenderse de los cargos de sedición y malas costumbres. *«Sois un rebelde, y todos en vuestra familia lo han sido desde Adán. Dícenme que sois poeta: recitaréis versos conmigo.»* Fué sentenciado el joven á siete años de prisión, en cuyo tiempo debía ser azotado anualmente por todos los mercados del Condado de Dorset. Las mujeres que asistían al juicio no pudieron contener el llanto. El secretario que anotaba la sentencia se levantó lleno de turbación, y dijo: *«Milord, el prisionero es muy joven. En nuestro Condado hay muchas ciudades donde se celebran mercados, y esta sentencia significaría que por espacio de siete años habría que azotarle cada quince días.—Si el acusado es joven, dijo Jeffreys, es muy viejo en picardías. Señoras, vosotras no conocéis al miserable tan bien como yo. El castigo no es ni la mitad de lo que él se merece. Toda Inglaterra que intercediera por él, no lograría alterar la sentencia.»* Tutchin, en su desesperación, solicitó, y tal vez su petición era sincera, ser ahorcado. Por fortuna para él, precisamente entonces fué atacado de la viruela, siendo desahuciado por los médicos. Como en modo alguno parecía probable que la sentencia se ejecutase, el Chief Justice consintió en modificarla, gracias á un donativo que redujo al prisionero á la indigencia. El carácter de Tutchin, ya no de suyo muy blando, fué exasperado hasta el frenesí por el trato reci-

bido. Vivió aún mucho tiempo, siendo conocido entre los más exaltados é implacables enemigos de la casa de los Estuardos y del partido tory (1).

LI.

REBELDES DEPORTADOS.

El número de rebeldes deportados por Jeffreys ascendió á ochocientos cuarenta y uno. Estos infelices, pues lo fueron aún mucho más que los condenados á muerte, fueron distribuídos en bandas y cedidos á personajes que disfrutaban gran favor en la corte. Las condiciones de la dónación eran trasportarlos como esclavos allende el mar, no pudiendo ser emancipados antes de diez años, y siendo el lugar de su destierro cualquier isla en las Indias Occidentales. Este último artículo había sido redactado con todo intento para agravar la desdicha de los desterrados. En la Nueva Inglaterra ó en la Nueva Jersey encontrarían una población que les daría benévola acogida y un clima no desfavorable á su salud y vigor. Y por esto mismo se determinó enviarlos á colonias donde un puritano podía esperar muy pocas simpatías, y donde el clima destruye en poco tiempo la salud del labrador nacido en la zona templada. Era tal el estado del mercado de esclavos en aquella época, que estos infelices, con ser tan largo el viaje y hallarse expuestos á tantas enfermedades, fueron considerados como de gran valor. Jeffreys calculaba que des-

(1) Véase en las *Bloody Assizes* la descripción de su causa, escrita por el mismo Tutchin.

pués de cubiertos todos los gastos, vendría á salir cada uno á diez ó quince libras esterlinas. Había, por tanto, muy ruda competencia para las concesiones, y algunos toríes del Oeste creían que por sus servicios y sufrimientos durante la insurrección tenían derecho á participar de los beneficios de que con tal avidez se apoderaban los cortesanos de Whitehall, los cuales, sin embargo, quedaron victoriosos (1).

La desgracia de los desterrados no era menor que la de los negros que actualmente (2) son conducidos del Congo al Brasil. Resulta de las más fidedignas noticias que nos es dado consultar, que más de la quinta parte de los embarcados fueron á servir de pasto á la voracidad de los tiburones, antes de terminar el viaje. Los cargamentos de carne humana eran amontonados en las bodegas de pequeños bajeles, y tan limitado era el espacio destinado á aquellos infelices, que muchos, cuyas heridas aun no estaban curadas, no podían acostarse al mismo tiempo, á menos de amontonarse unos sobre otros. No se les permitía en absoluto subir á cubierta. La escotilla estaba constantemente vigilada por centinelas armados de sables y carabinas. Abajo, en el calabozo, todo era oscuridad, hedor, lamentaciones, enfermedad y muerte. De noventa y nueve deportados que iban en el mismo barco, veintidos murieron antes de llegar á Jamaica, á pesar de haber hecho el viaje con inusitada rapidez. Los demás, cuando llegaron á su destino parecían esqueletos. Por espacio de algunas semanas, su único alimento había consistido en galleta de la peor clase y agua corrompida, y aun esto con tal escasez,

(1) *Sunderland á Jeffreys*, set. 14, 1685; *Jeffreys al Rey*, set. 19, 1685, en el *State Paper Office*.

(2) Esto se escribía en 1849.—N. del T.

que uno solo podía fácilmente consumir la ración de cinco de sus compañeros. Y así fué el llegar de tal modo, que el comerciante á quien iban consignados se vió en el caso de hacerlos engordar antes de ponerlos á la venta (1).

LII.

CONFISCACIONES Y VIOLENCIAS EJERCIDAS CON LOS REBELDES.

En tanto, la hacienda, así de los rebeldes que habían sufrido la muerte, como la de aquellos desgraciados cuya salud se marchitaba bajo el sol tropical, era devastada y entrada á saco por una multitud de ávidos acusadores. Según la ley, todo reo de alta traición quedaba sujeto á la pérdida de sus bienes; y esta ley se extremó después del Tribunal Sangriento con rigor al mismo tiempo cruel y ridículo. Las desoladas viudas y abandonados huérfanos de los labradores cuyos cadáveres se veían colgados en las encrucijadas de los caminos, eran llamados por los agentes del Tesoro á responder de un cesto, de un ganso, de un tocino, de un odre de cidra, de un saco de avena ó de un haz de heno (2). Mientras los em-

(1) La mejor descripción de los sufrimientos de los rebeldes deportados se hallará en la curiosísima narración escrita por Juan Coad, carpintero honrado y temeroso de Dios que formaba en las tropas de Monmouth; fué mal herido en Philip Norton, juzgado por Jeffreys y enviado á Jamaica. A la bondad de Mr. Phippard, su actual poseedor, debo el conocer el manuscrito original.

(2) En los libros del Tesoro se conservan algunas cartas del otoño de 1685, mandando hacer pesquisas por insignificancias como las citadas.

pleados inferiores del Gobierno saqueaban las familias de los paisanos asesinados, el Chéf Justice acumulaba apresuradamente una fortuna, fruto del despojo de los acomodados whigs. Traficaba en gran escala con los perdones, y el negocio más lucrativo de esta clase lo hizo con un caballero llamado Edmundo Prideaux. Cierto que éste no se había levantado en armas contra el Gobierno, y es probable que su solo crimen fuese la riqueza heredada de su padre, eminente legista que había ocupado altos puestos en tiempo del Protector. Nada se omitió para formular acusación contra Prideaux, y se ofreció el perdón á algunos prisioneros con tal de declarar en contra suya. El desdichado estuvo mucho tiempo en la cárcel, y, por último, vencido del temor de la horca, consintió en pagar quince mil libras esterlinas á cambio de la libertad. Recibió Jeffreys esta gran suma, y con ella compró una finca, á que el pueblo dió el nombre de «Aceldama,» en recuerdo del campo maldito comprado con el precio de sangre inocente (1).

Asistíanle hábilmente en sus despojos la multitud de parásitos que de ordinario le acompañaban en sus orgías. Era la ocupación de estos hombres hacer buenos negocios con los acusados, para lo cual se valían del imponente terror de la muerte, y negociar también con los padres, que temblaban por la suerte de sus hijos. Una parte del despojo fué abandonada por Jeffreys á sus agentes. Dicese que durante una orgía arrojó por encima de la mesa á uno de sus compañeros de francachela el perdón de un rico traidor. No había otro recurso ni intercesión más segura que la de sus parásitos, pues guardaba el lucrativo monopo-

(1) *Commons' Journals*, oct. 9, nov. 10, dic. 26, 1690; Oldmixon, 106; *Panegyric on Jeffreys*.

lio del perdón con celoso cuidado, y aun se sospecha que envió á algunas personas á la horca, solamente por haber implorado la real clemencia valiéndose de mediadores que no estaban en relación con él (1).

LIII.

RAPACIDAD DE LA REINA Y DE SUS DAMAS.

Algunos cortesanos, sin embargo, intentaron obtener participación en tan infame tráfico. Distinguíanse principalmente las damas de la Reina por la rapacidad y dureza de corazón. Parte de la deshonra que cayó sobre ellas, corresponde á su señora, pues solamente á causa de la relación en que estaban con ella pudieron enriquecerse con tan odioso comercio, y no puede haber la menor duda que con un gesto ó una palabra hubiera podido la Reina recordarles el cumplimiento de su deber; pero en realidad ella las alentaba con el mal ejemplo, si no con su aprobación expresa. Según parece, era la Reina de aquellas personas que sobrellevan la adversidad mejor que la buena fortuna. Mientras su marido fué súbdito y desterrado, y no podía aspirar á ningún empleo público, y se halló en gran peligro de verse privado de la herencia á que su nacimiento le daba derecho, la humildad y suavidad de su maneras le granjeaban la benevolencia aun de aquellos que más aborrecían su religión. Mas no bien llegó el tiempo de la prosperidad, desapareció su buen carácter. La humilde y afa-

(1) *Vida y muerte de Lord Jeffreys*; *Panegirico de Jeffreys*; *Kiffin's Memoirs*.

ble Duquesa se tornó en altiva y orgullosa Reina (1). Las desgracias que posteriormente hubo de sufrir, la hicieron en cierto modo interesante; pero ¡cuánto no hubiera crecido aquel interés si pudiera demostrarse que en la época de su grandeza salvó ó siquiera intentó salvar una sola víctima de la más devastadora proscripción que jamás se ha visto en Inglaterra! Desgraciadamente, la única petición, tocante á los rebeldes, de que hay noticia, fué que se le concediesen ciento de los sentenciados á esclavitud (2). El provecho que ella obtuvo del cargamento humano, aun descontando por largo los que murieron de hambre y fiebre durante la travesía, no puede estimarse en menos de mil guineas. No debe, pues, admirarnos que sus damas imitasen conducta tan indigna de una princesa y crueldad tan impropia de una mujer. Lograron obtener mil libras esterlinas de Rogerio Hoare, comerciante de Bridgewater, que había contribuído con su dinero á la caja militar del ejército rebelde. Pero la presa en que más ávidamente se cebaron, hubiera encontrado gracia aun en el corazón más duro é insensible. Ya habían expiado cruelmente su falta algunas doncellas de las que presentaron el estandarte á Monmouth en Taunton. Una de ellas había sido arrojada en una prisión donde reinaba horrible epidemia, y, atacada del mal, había muerto allí. Otra se había presentado en el Tribunal ante Jeffreys, implorando mer-

(1) Burnet, i, 368; Evelyn's *Diary*, feb. 4, 1684-85, jul. 13, 1686. En una sátira de la época se leen los siguientes versos:

When Duchess, she was gentle, mild and civil
When Queen, she proved a raging furious devil.

(Mientras fué Duquesa, era afable, benigna y cortés; mas al ser Reina, se tornó en demonio fiero y arrebatado.)

(2) *Sunderland á Jeffreys*, 14 de set., 1685.

ced. «¡Cógela, carcelero!» vociferó el juez con aquel ceño que tantas veces había helado de terror á corazones más animosos que el de la desdichada. Se echó á llorar, y cubriéndose el rostro con la capucha, siguió al carcelero fuera del Tribunal; enfermó de terror, y algunas horas después era cadáver. Pero aun vivían la mayor parte de las doncellas que habían asistido á la procesión. Algunas aun no habían llegado á los diez años, y todas no habían hecho sino obedecer las órdenes de sus maestras, sin saber que estaban cometiendo un crimen. Las damas de honor de la Reina pidieron real permiso para obtener dinero de los padres de las infelices niñas, y tal permiso les fué concedido. Envióse orden á Taunton que todas aquellas niñas fuesen reducidas á prisión. Sir Francisco Warre, de Hestercombe, diputado tory por Bridgewater, fué el encargado de negociar el rescate. Recibió orden de declarar en los términos más formales que las damas de honor no sufrirían la menor dilación, que estaban dispuestas á hacerlas declarar fuera de la ley, á menos que entregasen una suma razonable, entendiéndose por tal la cantidad de siete mil libras esterlinas. Warre se excusó de tomar parte en tan escandaloso contrato. Las damas de honor pidieron entonces á Guillermo Penn que las representase, y Penn aceptó la comisión. No parecería fuera de lugar, en la ocasión presente, dar siquiera leve muestra de aquellos escrúpulos con que anteriormente se resistía á quitarse el sombrero, si bien es probable que habría impuesto silencio á las reconvenções de su conciencia repitiéndose que ninguna parte del dinero que iba á exigir entraría en su bolsillo, que si se negaba á ser agente de las damas encontrarían otros menos humanitarios que él, y, en fin, que mostrándose complaciente aumentaría su influencia en la corte, influencia

que ya le había permitido, y podía permitirle de nuevo, prestar grandes servicios á sus oprimidos hermanos. Las damas de honor hubieron de contentarse, al fin, con menos de la tercera parte de la suma pedida (1).

Ningún soberano inglés ha dado nunca mayores pruebas de natural cruel que Jacobo II, y aun su crueldad no era más odiosa que su indulgencia, ó tal vez será más exacto decir que su crueldad y su indulgencia eran tales que cada una refleja nueva infamia sobre la otra. El horror que la suerte de sencillos campesinos, amables mancebos y débiles mujeres, con los cuales se mostró inexorablemente severo, nos inspira, aumenta al considerar á quién y por qué razones concedió su perdón.

El principio que establece que un príncipe debe consagrar particular atención al elegir los rebeldes que han de ser castigados después de una rebelión, es perfectamente obvio. Los caudillos, los hombres de rango, fortuna y educación, cuya influencia y artificios han inducido en error á la multitud, son los más merecedores de severo castigo. El alucinado populacho, una vez terminada la matanza en el campo de batalla, debe ser tratado con toda indulgencia. Esta regla tan evidente y conforme á los principios de justicia y humanidad, lejos de ser observada en aquella sazón, se practicó en sentido inverso. Mientras los que debían ser perdonados perecían á centenares, los pocos que en realidad debieran haber sufrido todo el rigor de la ley hallaban indulgencia. Tan extraña

(1) Locke *Rebelión del Oeste*; Toulmin *Historia de Taunton*, edición de Savage; *Carta del Duque de Somerset á sir F. Warre*; *Carta de Sunderland á Penn*, 13 de feb., 1685-86, del *State Paper Office* en la colección Mackintosh.

blandura ha dejado perplejos á algunos escritores, obteniendo de otros los más ridículos elogios. Y sin embargo, no es en modo alguno ni misteriosa ni digna de alabanza tal conducta. Para cada uno de aquellos casos extraordinarios hállase explicación en motivos de sórdida avaricia ó refinada maldad, de sed de dinero ó sed de sangre.

LIV.

SENTENCIA DE LOS PRINCIPALES CAUDILLOS DE LOS REBELDES.

Respecto de Grey no había circunstancias atenuantes. Su ilustración y talento, el rango que había heredado en el Estado, y el mando superior que había tenido en el ejército rebelde, le señalaban á los ojos de todo Gobierno justo como más digno merecedor de castigo que Alicia Lisle, Guillermo Hewling, ó los centenares de ignorantes paisanos cuyas cabezas y miembros, á manera de horrible trofeo, se veían en el Somersetshire. Pero Grey poseía extensos dominios que en modo alguno eran confiscables. Sólo tenía una renta vitalicia sobre su hacienda, y á esto se reducía cuanto podían sacarle los opresores. Si moría, pasarían sus tierras al más próximo heredero, mientras que si le perdonaban podría pagar un gran rescate. Alcanzó, pues, el perdón mediante una obligación de cuarenta mil libras al lord Tesorero y menores sumas á otros cortesanos (1).

(1) Burnet, I, 646 y la nota del Presidente Onslow; *Clarendon á Rochester*, 8 de mayo, 1636.